

Educación Médica

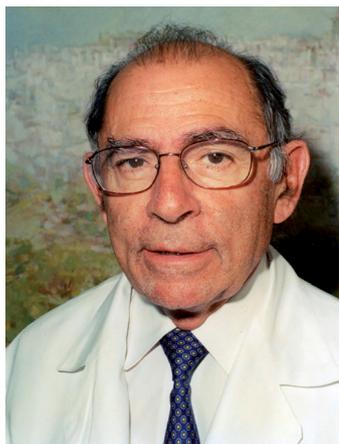
www.elsevier.es/edumed



Semblanza del Prof. Domingo Espinós Pérez

Jesús Millán Núñez-Cortés

*Catedrático-Jefe de Servicio de Medicina Interna, Hospital General Universitario Gregorio Marañón. Madrid, España
Director de la Cátedra de Educación Médica Fundación Lilly-Universidad Complutense, Madrid, España*



Prof. Dr. D. Domingo Espinós Pérez

Las misiones de la cátedra de Educación Médica de la Universidad Complutense incluyen dejar constancia de cómo, cuándo o quiénes se han esforzado por mejorar la enseñanza de la medicina y han dejado gran parte de su vida en ello.

En el año 2012 recordábamos al Prof. don Carlos Jiménez Díaz. En el año 2013 al Prof. don Amador Schüller Pérez. Este año, la persona que atesora cuantiosísimos méritos para ser recordada es el Prof. Domingo Espinós Pérez.

Agradecemos de todo corazón, y muy especialmente quienes somos los directores del Curso, la presencia en este momento de familiares, colaboradores y diferentes personas que una vez más se encuentran unidas por el recuerdo al Prof. Espinós. Y agradezco muy especialmente que esta sesión sea presidida por nuestro decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, el Prof. José Luis

Álvarez-Sala, que une al hecho de ser la máxima autoridad académica del centro, la circunstancia tan singular de haber conocido y trabajado con el Prof. Espinós en todas y cada una de las posiciones posibles tal y como el mismo significa: como estudiante, médico interno, médico residente, doctorando, becario pre y posdoctoral, médico del servicio, ayudante de facultad, profesor adjunto, profesor titular después, jefe de servicio, y –finalmente– catedrático.

Domingo Espinós Pérez viene al mundo en una fecha extraordinaria para nacer: un 25 de diciembre, en Navidad. Nace el 25 de diciembre de 1932. Es hijo y nieto de médico; y eso, como él mismo reconocía, le hizo convivir en un ambiente que indudablemente debió de influir en su vocación por la medicina. Su padre fue profesor de Anatomía Patológica (quizás eso influyó en sus primeros momentos profesionales como después veremos) y fue Académico de Número de la Real Academia de Medicina de Valencia.

Nace en Alcoy. Estoy seguro que todos los que hemos conocido al Prof. Espinós hemos sido testigos de sus deslumbrantes opiniones sobre las fiestas de Moros y Cristianos de Alcoy y de cómo explicaba, casi visualizándolo, como avanzan “las filás” en los desfiles. También de Alcoy, entre otras cosas, no desaprovechaba la oportunidad de ensalzar su cabalgata de los Reyes Magos. Para alguien apasionado de los Reyes Magos, como es mi caso, era emocionante atender a la explicación de cómo, en Alcoy, los pajes suben por las escaleras hasta los balcones de las casas para entregar personalmente los regalos a los niños. Su sonrisa y sus ojos brillantes ponían el resto.

Estudia parte del Bachillerato en Alcoy, en el Colegio Luis Vives, y lo termina en el Colegio del Pilar en Valencia.

También en Valencia estudia la carrera de Medicina, en los años 1949 a 1955. Durante esos estudios, en el curso 1951-1952 gana, por oposición, una plaza de alumno interno

precisamente a la Cátedra de Histología y Anatomía Patológica. Esto, además de permitirle realizar un gran número de autopsias clínicas (una de sus oposiciones posteriores fue la de forense), le permite formar parte del equipo de urgencias hospitalario, y entrar en contacto con el entorno asistencial.

Concretamente durante sus estudios, Domingo Espinós reconoce que tiene un maestro que le influye en su desarrollo profesional y que no es otro que el Prof. don Miguel Carmena Villarta, junto al que se fue desarrollando su ilusión por la Medicina, por la Universidad y por la enseñanza. Estoy seguro que él desearía recordar a aquellos que fueron sus principales maestros. El Prof. Carmena fue uno de ellos en su época en Valencia hasta el año 1955 en que termina los estudios, con 26 matrículas de honor en su expediente y Premio Extraordinario de Licenciatura. Otros profesores sobre los que siempre ha reconocido su gratitud fueron el Prof. Llombart y el Prof. García-Conde.

En el otoño de 1955 viene a Madrid, e inmediatamente después de la licenciatura inicia los estudios del doctorado, y en el año 1956 le llama la atención la forma directa de hacer clínica y la entrega total al hospital y a la docencia del Prof. Gilsanz (muchas veces recordaría que el Prof. Gilsanz era único “palpando el abdomen”). Por ello, entra a formar parte del equipo universitario de quien siempre consideró como su maestro principal: el Prof. don Vicente Gilsanz, bajo cuya dirección y enseñanza fue desarrollándose su formación clínica, docente, investigadora y humana, como él mismo reconocía. Allí obtiene inmediatamente por oposición una plaza de profesor adjunto de Patología y Clínica Médica en la Cátedra del Prof. Gilsanz.

Desde su posición en la Cátedra de Patología y Clínica Médicas abre su campo y amplía su formación clínica para aprender nuevas técnicas que poder desarrollar después y abrir líneas de investigación.

Así, en 1957, becado, se traslada a Cardiff, a la Cátedra del Prof. Gough, y desarrolla un proyecto sobre “Estudio funcional de las bronconeumopatías crónicas”. Su interés por el desarrollo de la Patología Respiratoria lo pondría de manifiesto posteriormente en Santiago de Compostela con un “Laboratorio de Exploración Funcional Respiratoria” y en el Hospital Clínico de Madrid con el impulso de la Unidad de Aparato Respiratorio, embrión del actual Servicio de Neumología.

También, durante el curso 1957-1958, asimismo becado, permanece en la Universidad de Edimburgo, en el servicio del Prof. Davidson y del Prof. Girdwood, así como en la Universidad de Glasgow, en el servicio del Prof. Stuart Douglas. En Edimburgo llega a ser “Clinical Assistant” y un trabajo realizado allí sobre “El mecanismo del shock en el infarto de miocardio” es premiado como Académico Correspondiente de la Real Academia de Medicina de Valencia.

Pero es mucho más importante señalar que en Edimburgo y Glasgow cristaliza su interés por la hematología e iniciarse en la investigación de las enfermedades de la sangre. Este campo ha sido uno distintivo del Prof. Espinós, porque años más tarde, y como pionero en nuestro país, profundiza e impulsa el estudio de las enfermedades de la sangre y de los órganos hematopoyéticos. Ni más ni menos que la Hematología en España. Fruto de ello es el “Laboratorio Clínico y de Investigación Hematológica” en el Hospital Clínico de San Carlos, embrión de lo que más tarde será el servicio de Hematología en dicho hospital.

Su interés por el desarrollo de la hematología es notable. En 1960, a través de la Fundación Juan March vuelve a Edimburgo, y en el servicio del citado Prof. Girdwood pone en marcha la técnica de valoración del ácido fólico en sangre. Estos trabajos, prolongados en el Instituto de Medicina Experimental del CSIC, le permiten presentar su tesis doctoral, calificada con sobresaliente cum laude y posteriormente



El Prof. Espinós Pérez con un grupo de colaboradores de su Cátedra-Servicio de Medicina Interna

con Premio Extraordinario en la Facultad de Medicina de Madrid.

En Edimburgo, años más tarde, se le reconoce su labor investigadora como Fellow of the Royal College of Physicians de Edimburgo, institución centenaria fundada en el siglo XVIII.

En París, con los profesores Bernard y Mathè se familiariza con las técnicas de diagnóstico y tratamiento de las hemoblastosis. Con el Prof. Dacie, en el Royal Postgraduate, y con el Prof. McKay en el Royal Marsden, en ambos casos en Londres, adquiere la experiencia necesaria para el tratamiento y las unidades abióticas, que posteriormente monta en su servicio hospitalario en Madrid.

Con esta sólida formación no debe llamar la atención que en el mes de enero de 1971 obtenga por oposición la Cátedra de Patología general en la Facultad de Medicina de Santiago de Compostela, donde por concurso de traslado pasa a ser catedrático de Patología y Clínica Médica en la misma facultad. Esto le permite desarrollar una ingente labor docente y clínica, y al mismo tiempo poner en valor y hacer realidad las correspondientes unidades de enfermedades de la sangre y de enfermedades respiratorias, sólidamente cimentadas en sus conocimientos.

Prepara médicos, prepara doctores dirigiendo tesis doctorales, prepara docentes (y buena prueba de ello son los profesores Lorenzo Zúñiga y Torre Carballada) y —con su firme vocación docente— prepara futuros médicos. Ni él olvidará a los alumnos, ni sus alumnos lo olvidarán. Tiene a gala ser padrino de promociones de alumnos, primero en Santiago y luego en Madrid. En su despacho de la Cátedra del Hospital Clínico enseñaba con orgullo su “papeleta” calificada con sobresaliente y matrícula de honor, firmada por una de esas promociones en Santiago de Compostela.

El año 1975 es fundamental en su carrera. En el mes de marzo obtiene por oposición la Cátedra de Patología y Clínica Médicas de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense. En sus palabras “la obtención de este puesto representó para mí un considerable incremento en la responsabilidad como clínico, como docente y como investigador”.

La magnitud del servicio, el elevado número de médicos, y las promociones con tantos alumnos, amplía su compromiso y sus posibilidades clínicas y de investigación. Pero el resultado supera las expectativas. No solo impulsa y desarrolla su “Unidad Hematológica” hasta llevarla a constituirse en Servicio, junto a la Prof^a. Ana Villegas; su “Unidad de Patología Respiratoria” hasta llevarla a constituirla en Servicio, junto al Prof. José Luis Álvarez-Sala; sino que abre otro frente con la creación de una “Unidad de Osteopatías” que pone en manos del Prof. Horacio Rico.

Pero hay dos momentos que son determinantes en su vida como catedrático de Medicina de la Universidad Complutense y en el Hospital Clínico de San Carlos, y que quiero resaltar por la dimensión de su decisión personal.

La primera circunstancia es que desde el mes de septiembre de 1976 hasta enero de 1980 es nombrado por una Orden Ministerial “Catedrático Director del Hospital Clínico de San Carlos”. Acepta el cargo solamente por auténtico sentido del cumplimiento del deber que, como universitario, le encomendaba el Ministerio. Pero las horas de entrega, sacrificio y renuncia a otras tareas más gratificantes se traducen en una gestión eficaz y brillante en todos los aspectos: pre-

supuesto, personal, estructuras y equipamiento. Sin embargo, estaríamos equivocados si pensáramos que eso le impedía seguir con la investigación o desatender a sus colaboradores. Estoy seguro que no soy el único en haber sido citado a las tantas de la noche en su despacho del hospital o hasta en su casa en fin de semana (y todo porque estaba con la tesis doctoral entre manos).

La segunda circunstancia es que, como consecuencia de cambios en la estructura organizativa del Hospital Clínico, algún tiempo después se encuentra ante un dilema: debe escoger entre dirigir el Servicio de Medicina Interna o el Servicio de Hematología, que con tanto esfuerzo, dedicación y mimo contribuyó a crear. Este dilema, que él no se explicaba aunque lo aceptaba, puso en evidencia que su firme vocación, la primera misión que el reconocía como propia, era la enseñanza de la medicina. Entendió que el papel educacional de la medicina interna era capital en la enseñanza de la medicina. Dejó testimonio con ello de lo que es y representa la medicina interna en los planes de estudio (algo de lo que esta Cátedra de Educación Médica se ha ocupado en actividades y en publicaciones dentro de su línea editorial). A su lado se han formado numerosísimos alumnos y numerosos clínicos, con esta misma filosofía, y él lo tuvo a gala.

Los máximos reconocimientos académicos al Prof. Espinós no tardaron en llegar en sus años de actividad plena:

- Fue director del Departamento de Medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense.
- Fue vicedecano de Ordenación Académica en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense.
- Fue presidente del Comité Técnico Nacional de la Asociación Española contra el Cáncer. Su especial sensibilidad hacia la oncología también fue distintiva. Fue presidente en 1985 del I Congreso Iberoamericano de Oncología bajo los auspicios de la Unión Internacional Contra el Cáncer, y personalmente fui testigo de cómo, representando a España, defendió en Seattle la candidatura de España como sede del XIV Congreso Internacional contra el Cáncer.

El 17 de octubre de 1985 fue nombrado Académico de Número de la Real Academia de Farmacia, estando en posesión de la medalla 13. Su discurso de ingreso en la institución fue sobre “La importancia del conocimiento de la carcinogénesis química en la prevención del cáncer”.

El 21 de enero de 1986 fue nombrado Académico de Número de la Real Academia Nacional de Medicina, ocupando el sillón 37. Su discurso de ingreso versó sobre “El transporte de oxígeno por la hemoglobina y su patología”.

En el año 1998 pronunció el discurso inaugural del Año Académico en la de Medicina sobre “Oxígeno y hierro: una coordinación fisiológica necesaria para la vida”, y en el año 1999 en la de Farmacia sobre “Farmacología de la inflamación”.

Desde el año 1994 era miembro de la Mesa del Instituto de España, donde llegó a ser vicepresidente. Desde el año 2002 era vicepresidente de la Real Academia Nacional de Medicina.

No es objeto de esta sesión, y sería prolijo, detallar otros aspectos de la trayectoria profesional del Prof. Espinós: oposiciones, nombramientos, participación en comisiones, vida científica activa en las sociedades científicas, libros, publicaciones, comunicaciones científicas, conferencias,



El Prof. Espinós Pérez con un grupo de alumnos de la que fue su última promoción en Patología Médica

ponencias,... Cerca de 60 tesis doctorales dirigidas. Cerca de 20 tesinas de licenciatura dirigidas. Presencia permanente como director o codirector en programas y cursos del doctorado, sobre todo en el ámbito de la hematología, enfermedades respiratorias, enfermedades crónicas e inflamación.

Además, su carácter se traducía en que —estoy seguro que aun a costa de sacrificios personales— estaba presente allá donde se le requería para impartir magisterio. Personalmente no tengo palabras más que de agradecimiento por haber tenido el privilegio de contar con el Prof. Espinós en numerosas actividades organizadas durante mi época de catedrático en la Facultad de Medicina de Cádiz. Bien con motivo de cursos de doctorado, como el de marcadores biológicos coincidiendo con el Prof. Severo Ochoa, o con ocasión del Congreso Nacional de Arteriosclerosis coincidiendo con otro Premio Nobel, el Prof. John Vane.

En la educación médica, el Prof. Espinós fue un modelo: como persona, como médico, como profesor. Un modelo por la cantidad y calidad de los conocimientos que poseía y que era capaz de transmitir. Un modelo por el cómo se aprendía a su lado a hacer las cosas y a ejercer la medicina. Un modelo, en fin, porque observarlo era aprender a ser médico y reconocer los valores propios.

Todos, absolutamente todos sus colaboradores, somos testigos de que —al margen de su familia a la que también debo citar especialmente— los alumnos, los enfermos y sus colaboradores fueron el motor de su vida. Motor al que, sin importarle horarios (era médico y profesor por la mañana, por la tarde y por la noche), les echaba permanentemente su especial gasolina a base de: entrega, dedicación, disponibilidad, integridad, honradez, coherencia, lealtad (y también fidelidad), austeridad, clarividencia de juicio, palabra exacta, rigor intelectual... Imposible definir la variedad de virtudes y fortalezas de las que era portador y ejemplo, y que

solo las he reflejado tal y como lo recuerdan (lo recordamos) sus colaboradores.

Pero, como ya se ha señalado, produce especial satisfacción en este Curso, recordar su papel como profesor. Era, en palabras del Prof. Calvo, a quien tuvo a su lado diariamente, un ejemplo como profesor porque “el alumno y su circunstancia era lo más importante”. Era, en palabras del Prof. Álvarez-Sala, otro de sus escuderos permanentes, “el profesor con el que quería estar, con el que quería formarme, con el que quería hacer la especialidad, con el que quería estar en la universidad”. Era, en palabras de Margarita, su secretaria en la Cátedra y Servicio Médico, una persona “humana y comprensiva con los alumnos”, “como un padre”, interesándose por sus circunstancias personales: “¿Cómo estudia?”, “¿En casa o en la biblioteca?”, “¿Tiene novio? A ver si es que se distrae con eso”.

“Empezar un nuevo curso siempre ha sido para mí un momento feliz”, decía; seguro que era así porque se reencontraba con su ambiente, en “su salsa”. Su vocación por el aula, por la sala de hospitalización o por el laboratorio era de dimensiones gigantescas y le permitía —a pesar de cumplir años— el titánico esfuerzo de programar, buscar lo mejor, innovar. Intentaba “adaptarse a la modernidad”, y —sin abandonar los diferentes recursos— pasó de la pizarra a las transparencias, y de aquí a las presentaciones con diapositivas, aunque a veces le sorprendieran los avances tecnológicos.

Al Prof. Espinós le llega la jubilación (según Marga no tenía ganas de jubilarse) en plena forma y con su permanente ilusión intacta a pesar de que frecuentemente reconocía que “ya se cansaba con algunas cosas”. Sus alumnos le ofrecen un sentido, cariñoso y justificado homenaje en su aula de siempre, y es fácil descubrir en ese momento la bondad y la gratitud en su cara.

Aborda la jubilación con ilusión porque, entre otras cosas, sus colaboradores —sabiendo que iba a echar de menos el hospital y los alumnos— se encargan de poderlo tener cerca física y organizativamente, para seguir participando en los seminarios de alumnos de pregrado y en los cursos de alumnos de posgrado.

En el Casino de Madrid, más de 300 personas acudieron a homenajear su vida tras su jubilación. Y eso que, como les dijeron a los organizadores, “cuando se jubila la gente suelen ir menos que a otras celebraciones porque el jubilado tiene menos que ofrecer”. El Prof. Espinós estaba contento. Nos dijo que estaba ilusionado para seguir trabajando como siempre. Leyó sus palabras emocionado, pero sereno, y todo lo que dijo, como siempre, no tenía desperdicio.

Pero quiero destacar entre sus palabras que él mismo señalaba que, en justicia, “había sido y era un hombre afortunado, afortunado con su familia, con un gran número de excelentes amigos y colaboradores. Muy afortunado en su trabajo y en su trayectoria profesional”.

“La Universidad y los enfermos han sido y son el eje principal de mi trayectoria vital”. “Los alumnos —continuaba— son los que dan sentido a la Universidad. Pero para que la Universidad se mantenga viva y activa es necesaria la entrega personal de docentes con motivación, pero también con proyección futura (e incluso adecuadamente retribuidos).”

Además, señalaba, “si la investigación es importante en la Universidad y para el profesor universitario, más lo debe ser su vocación, su experiencia y su capacidad docente”.

Finalmente, qué decir de cuando señalaba que “la enseñanza de la medicina en su ciclo clínico necesita una mayor integración del alumno en el hospital, y un mayor número de profesores procedentes de la plantilla asistencial”.

No es difícil de entender que en el día de hoy traigamos a nuestra memoria, pongamos como ejemplo, al profesor Espinós como paradigma de persona volcada hacia la formación de futuros médicos y especialmente comprometida con la enseñanza de la medicina.

Lo que sí es difícil de entender, como señala el Prof. Calvo en su necrológica del Prof. Espinós, que se pueda truncar esta ilusión por un destino fatal. Pero la vida, lo mismo que la enfermedad y la muerte, es cruel. Y así fue. Una desafortunada circunstancia nos privó de muchos años de poder disfrutar de su testimonio, de seguir aprendiendo de él. A cambio, seguramente, se llevó mucho cariño, del que se había hecho acreedor.

En su periplo final por la vida recogió cariño, mucho cariño. Y esto me lleva directamente a su familia. Es verdad que este es un acto académico, pero las personas somos lo que somos con todas nuestras circunstancias. Y dado que el Prof. Espinós siempre que podía señalaba la fortuna de haber tenido siempre un sólido apoyo familiar, me gustaría con el máximo respeto y cariño para todos y cada uno de sus miembros traer a colación a esa querida familia.

Formó con María Teresa Jiménez Sierra una familia, con seis hijos que en los últimos años veía ampliarse con enorme satisfacción: sus nietos, sus gemelas,... “Felicidad comparti-

da” lo llamaba él mismo. Unión en los momentos más claros y más oscuros, lo que aumentaba la fuerza interior.

Todos ellos, Mari Tere y sus seis hijos, fueron testigos de excepción de su vida plena y responsable profesional, al mismo tiempo que marido y padre responsable. Quiso siempre dar ejemplo con su trabajo y con su comportamiento. Mari Tere, después de más de 40 años a su lado lo señalaba como un hombre con principios morales sólidos y auténticos, entregado a su profesión habiendo sido testigo de cómo con las maletas cargadas en el coche renunciaba a sus vacaciones por alguien que pedía ayuda en ese momento, y que lo hacía con naturalidad y sin darle importancia. Un hombre de paz, de concordia, de saber hablar y de saber callar, con un alto concepto de la dignidad humana. Un hombre fundamentalmente bueno para ratificar lo que la Prof^a. Villegas ha dicho en alguna ocasión: para ser buen médico hay que ser un médico bueno.

Todos los miembros de su familia estuvieron contentos por tenerlo a su lado, por su presencia. Sus hijos: Teresa, María, Juan, Jaime, Miguel y Domingo evocan todavía su sonrisa, su manera de andar, su voz, sus frases geniales, su calmado y cariñoso hablar con el corazón, su capacidad de escuchar, las alusiones a sus “enfermitos” (como los llamaba), su grandeza y humildad juntas. En suma, su presencia se les hizo corta, aunque como señalaba Jaime en un blog es que “seguramente llegó el momento de que lo necesitaban en el cielo”.

No es fácil evocar la figura, la vida, la dedicación a la Universidad del Prof. Espinós. No es fácil desplegar los méritos científicos y humanos por los que el Prof. Espinós se ha hecho acreedor a este reconocimiento.

Parecería que aquellos que hemos tenido la fortuna de conocerle, de trabajar a su lado, de haber compartido horas, alegrías y —por qué no decirlo— también preocupaciones, podríamos hacerlo con más precisión. Pero sucede, justamente, que entonces es más difícil que las palabras reflejen fielmente lo que se pretende señalar porque el corazón va mucho más allá y —como él mismo decía cuando quería expresar algo con sentimiento— casi habría que ser poeta para hacerlo.

Le gustaba mostrar su satisfacción porque su dedicación le había permitido ayudar a la formación clínica, científica y docente de muchos colaboradores, entre los que hay que citar a una auténtica escuela de profesorado universitario: los profesores Zúñiga, Torre Carvallada, Calvo Manuel, Lozano Tonkin, Villegas, Rico Lenza, Álvarez-Sala, y quien les habla.

En realidad ocurre que el honor y la distinción han sido para nosotros, porque el Prof. Espinós nos haya considerado como merecedores de su ayuda para formarnos como docentes, investigadores y clínicos. Queremos que le llegue nuestro agradecimiento, allá donde esté, en nombre de todos los que nos gustaría haber mantenido los principios que él enseñaba de palabra y de obra, en nombre de todos los que se dedican a formar futuros médicos.

Muchas gracias.